

CONCURSO NACIONAL 2013

ARTE Y DERECHOS HUMANOS



**MEMORIA,
PARTICIPACIÓN,
DEMOCRACIA.**

CONCURSO NACIONAL ARTE Y DERECHOS HUMANOS 2013

MEMORIA, PARTICIPACIÓN, DEMOCRACIA

Organizado por

Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH)
Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH)

Patrocinado por

Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado
de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH)

Media partner

Radio UNO

Textos y edición

Miguel Ángel González
Catalina Navarro

Fotografías

Miguel Ángel González
Daniel Mora
Catalina Navarro

Diseño y diagramación

Triángulo / www.triangulo.co

Impresión

Alvimpress

ISBN: N° 978-956-9025-41-9

Registro de Propiedad Intelectual: N° 234429

Primera edición

2.000 ejemplares

Santiago de Chile

Octubre de 2013



9	Presentación
11	Palabras Lorena Fries Directora Instituto Nacional de Derechos Humanos
13	Palabras Ricardo Brodsky Director Museo de la Memoria y los Derechos Humanos
17	Convocatoria
19	Proceso de evaluación
21	Premiación
27	Obras ganadoras
29	Cuento
51	Fotografía
65	Afiche
77	Micrometraje

**“EL ARTE ES
EXPRESIÓN, Y
LA EXPRESIÓN
UN DERECHO”**

Presentación

En cumplimiento de la misión de promoción y protección de los derechos humanos de quienes habitan en Chile, el Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH) desarrolla diversas iniciativas orientadas a dicha meta. De este modo, y con la compañía del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH) y el apoyo de la Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos, el Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos -cuya primera versión fue en 2012- reiteró este año la invitación a la ciudadanía, de sumarse a este compromiso, a través de la expresión artística.

Bajo la consigna “memoria, participación, democracia”, la segunda versión del concurso hizo suyo el deber de conmemorar los 40 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. El certamen quiso ser una plataforma de expresión sobre la preservación de la memoria histórica como elemento para la no repetición y constitutivo de la necesaria reparación; la profundización de la participación ciudadana y el mejoramiento permanente de la democracia, a través de las categorías Cuento, Afiche, Fotografía y Micrometrage, y como una forma de rendir homenaje a las víctimas, a sus familiares y a una comunidad avasallada en sus derechos.

El llamado del INDH y el MMDH fue acogido con entusiasmo por cientos de personas a lo largo del país, quienes con diferentes visiones, experiencias y mensajes, se convirtieron en protagonistas del Concurso Arte y Derechos Humanos 2013. Las obras presentadas fueron evaluadas por un jurado externo, reconocido por su experiencia técnica y trayectoria en materia de derechos humanos, que de forma independiente y bajo total anonimato de sus autores/as, realizó su trabajo.

El presente libro recoge la experiencia de la convocatoria al Concurso Arte y Derechos Humanos 2013, exponiendo las obras ganadoras, a la vez que haciendo un reconocimiento a todos y todas quienes participaron con su talento, entusiasmo y compromiso con la defensa de los derechos humanos.



Para el Instituto Nacional de Derechos Humanos es una satisfacción haber desarrollado por segundo año consecutivo el Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos. Esta vez, al conmemorarse 40 años del golpe de Estado de 1973, que dio inicio a la dictadura cívico militar, bajo la idea de resaltar la memoria histórica, la participación y la democracia como valores primordiales para la convivencia en comunidad.

Al proponernos una nueva versión del certamen, fuimos conscientes de que éste sería un año significativo en cuanto a derechos humanos y memoria, y sin dejar el llamado a tratar la amplia gama de derechos, en 2013 quisimos conmemorar el inicio de un período que sacudió a nuestro país, quebrantando la institucionalidad y llevando a cabo por casi dos décadas, los más indecibles atropellos a la vida y dignidad de miles de personas, sus familias y la sociedad en su conjunto.

¿Por qué se debe preservar la memoria? Porque hablar de derechos humanos es hablar de memoria: su nacimiento y desarrollo están vinculados al aprendizaje que las sociedades han logrado a partir de los errores cometidos. Hoy no repudiaríamos el Holocausto si no hubiese existido una lucha por conocer, reconocer y trabajar para que la humanidad supiera las atrocidades cometidas. Hoy no miraríamos con lucidez la igualdad de derechos entre las personas, si no supiéramos lo ocurrido con el Apartheid o con la segregación racial en Estados Unidos.

El golpe de Estado fue el inicio de 17 años de violaciones sistemáticas, masivas e institucionalizadas a los derechos humanos, traducidas en miles de detenciones ilegales, torturas, ejecuciones y desapariciones. Una bofetada sin tregua a la dignidad y valor de la persona humana, y el momento histórico en que se negó por completo la diversidad como elemento fundante de toda comunidad política.

No es posible volver el tiempo atrás, pero si es nuestra obligación evitar que se repitan este tipo de hechos. Parte de dicha responsabilidad la tienen las actuales y futuras generaciones, a partir del ejercicio constante de la memoria, a través de múltiples formatos y expresiones.

El Concurso Arte y Derechos Humanos 2013 fue una plataforma para quienes se sintieron llamados/as a participar en la recuperación y circulación de la memoria. Y la meta no es otra que llegar a la convicción del nunca más, fomentando una participación ciudadana que nos conduzca a hacer realidad ese deseo, y una democracia que nos permita convivir en un presente y futuro basados en el respeto a cada ser humano por el sólo hecho de serlo.

Lorena Fries Monleón

Directora Instituto Nacional de Derechos Humanos

La segunda versión del Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos, que organizan el Instituto Nacional de Derechos Humanos y el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, se ha desarrollado en el contexto de las conmemoraciones de los 40 años del golpe de Estado que derrocó el gobierno del Presidente Salvador Allende y puso fin al Estado de derecho y la democracia en Chile.

Dicho contexto ha resultado tremendamente favorable, por cuanto la conmemoración se ha convertido en el hecho cultural más relevante del año, inundando las pantallas de la televisión con miniserias, reportajes y programas dedicados al golpe y las consecuentes violaciones de los derechos humanos; seminarios nacionales e internacionales, publicación de libros, exposiciones, intervenciones callejeras y obras de teatro.

En dicho ambiente, esta segunda versión del concurso resultó favorecida con obras y trabajos en las diferentes categorías, que hicieron más difícil y compleja la tarea del jurado, pero a la vez más estimulante.

Estamos orgullosos/as de los resultados que permiten que, especialmente personas jóvenes y talentosas, empiecen a ocupar espacios en la escena artística y cultural de nuestro país, realizando obras desde los temas de la memoria y los derechos humanos.

Ricardo Brodsky

Director Museo de la Memoria y los Derechos Humanos

**“LA MEMORIA ES UNA CUESTIÓN QUE ALUDE
AL PASADO, PERO QUE SIEMPRE PERTENECE AL
PRESENTE Y A LA CONSTRUCCIÓN DEL FUTURO
DE LA SOCIEDAD EN QUE SE QUIERE VIVIR”.**

Almudena Grandes, novelista e historiadora española.
Cátedra “Memoria y literatura: a 40 años del golpe de Estado de Chile”,
organizada por el INDH.

CONCURSO NACIONAL
**ARTE
Y DERECHOS
HUMANOS**
2013

**MEMORIA,
PARTICIPACIÓN,
DEMOCRACIA.**

CATEGORÍAS:
AFICHE
MICROMETRAJE
CUENTO
FOTOGRAFÍA

13 DE MAYO
AL 15 DE JULIO

BASES EN INDH.CL | MUSEODELAMEMORIA.CL

ORGANIZAN **INDH** INSTITUTO NACIONAL DE DERECHOS HUMANOS

MUSEO DE LA MEMORIA Y LOS DERECHOS HUMANOS

PATROCINA **NACIONES UNIDAS DERECHOS HUMANOS** Oficina Regional

MEDIA PARTNER **RADIO UNO 97.1** RADIO UNO 97.1



Tras la entusiasta respuesta a la convocatoria realizada por el primer Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos: mis imágenes, mis palabras, en 2012, y con el objetivo de conmemorar los 40 años del golpe de Estado, la versión 2013 del certamen invitó a la ciudadanía a presentar obras que constituyeran reflexiones en torno a la “memoria, participación y democracia”, como elementos constitutivos de la convivencia social basada en el respeto a los derechos humanos, sin dejar de lado la promoción y defensa de la amplia gama de garantías fundamentales.

La recepción de obras se realizó entre el 13 de mayo y el 22 de julio de 2013, a lo largo de todo el país, y en ella, el Instituto Nacional de Derechos Humanos nuevamente contó con la compañía del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos (MMDH), institución coorganizadora, y el patrocinio de Oficina Regional para América del Sur del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH).

◀ Afiche convocatoria 2013 Concurso Nacional Arte y Derechos Humanos: memoria, participación, democracia.

EVALUACIÓN



El proceso de evaluación de las obras presentadas y selección de los trabajos ganadores, estuvo a cargo de un jurado externo, convocado en virtud de su reconocida experiencia técnica en las categorías que contempló el concurso, así como en la promoción y defensa de los derechos humanos.

El equipo evaluador desarrolló su tarea con total independencia y bajo estricto anonimato de los/as autores/as, y estuvo compuesto por la Premio Nacional de Derechos Humanos 2011, Viviana Díaz Caro, quien ocupó la presidencia del jurado; los fotógrafos Paz Errázuriz y Luis Navarro; el periodista y comunicador Ángel Carcavilla, la licenciada en Artes, María José Bunster; la periodista y escritora Alejandra Costamagna, el escritor Jorge Montealegre y el académico Felipe Cussen; el realizador audiovisual Jorge Leiva y la montajista audiovisual Andrea Chignoli.

◀ *El jurado evaluó los trabajos presentados en forma independiente y bajo total anonimato de sus autores/as.*

PREMIACIÓN



Con posterioridad a la evaluación del jurado, el día 4 de septiembre terminó la espera para quienes aceptaron el desafío de participar en el Concurso Arte y Derechos Humanos 2013. Se dieron a conocer los resultados en una ceremonia pública de premiación.

Al acto asistieron la mayoría de los/as participantes quienes colmaron el auditorio del Museo de la Memoria, y estuvo encabezado por la Directora del INDH, Lorena Fries, el Director del MMDH, Ricardo Brodsky e integrantes del jurado.

Con motivo de la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado, el encuentro estuvo cargado de reflexión, el recuerdo de hechos que marcaron los años de dictadura y la memoria en torno a ellos. También se enfatizó en la necesidad de un fuerte compromiso con la no repetición de atropellos sistemáticos e institucionalizados a los derechos humanos, y el trabajo permanente por la democracia, la participación ciudadana efectiva y el respeto a la dignidad humana en el presente y futuro.

Como señaló en la oportunidad la Directora del INDH, esta iniciativa, “lejos de ser un espacio para la sola recepción de un premio, es una instancia para la expresión del talento y compromiso con las garantías fundamentales”.

▲ La premiación 2013 contó con la conducción de la actriz y locutora de Radio UNO, Lorena Capetillo.







GANADORES/AS Y MENCIONES HONROSAS:

CUENTO

Primer lugar: “El hospital”, de Luis Alberto Tamayo (nombre literario de Luis Muñoz Tamayo)

Segundo lugar: “El mate soñado”, de Eduardo Contreras Villablanca

Tercer lugar: “Ayer es un día muy largo”, de Natalia Montiel Aranda

Mención honrosa: “Don Carlos”, de Patricio Sancha Gutiérrez

FOTOGRAFÍA

Primer lugar: “Luz de luz”, de Fernando Lavoz Bustamante

Segundo lugar: “Ecos de libertad”, de Camila Baquedano Rojas

Tercer lugar: “Fuerzas especiales”, de Alejandro Wasiliew López

Primera mención honrosa: “Mes del exiliado”, de Loreto Sapiain Ríos

Segunda mención honrosa: “Por qué, cómo, cuándo, dónde”, de Cristián Kirby Villa

Tercera mención honrosa: “Identidades”, de Leonardo Ampuero Rodríguez

AFICHE

Primer lugar: “40 años”, de Matías Vigouroux Álvarez

Segundo lugar: “Secuestro permanente”, de Francisco Maltez Ramírez

Tercer lugar: “Zona diversa”, de Lissette Vásquez Bernal

Primera mención honrosa: “Con memoria se mueve el presente”, de Fabián Vásquez Henríquez

Segunda mención honrosa: “Laberinto del pasado”, de Esteban Pradenas Rojas

MICROMETRAJE

Primer lugar: “La pianista”, de Julio Rubilar Rojas

Segundo lugar: “Niño poblador”, de Amaranta Espinoza, Tamara Uribe e Isabel Yáñez

Tercer lugar: “Carta”, de Claudio Pereira Muñoz

Primera mención honrosa: “Las vecinas”, de Elisa Leiva Anderson

Segunda mención honrosa: “Auroras”, Luiz Alvez Júnior

CUENTO

Participé en el concurso porque soy escritor, porque pienso que los derechos humanos son un marco general básico de dignidad que debe internalizarse en cada persona. Hace treinta y cinco años participé en el concurso para conmemorar los treinta años de la Declaración Universal de Derechos Humanos, era plena dictadura y lo organizaba el Arzobispado de Santiago. Hoy lo organiza el Estado a través del Instituto Nacional de Derechos Humanos y el Museo de la Memoria y eso es un avance. Participé para conmemorar cuarenta años del golpe.

En mi cuento quise transmitir el mensaje de los olvidados/as de esta transición, poner en evidencia un sentimiento: ¿Por qué no terminan el Hospital de Ochagavía? ¿Por qué no hacer lo que es obvio, lo que es bueno, lo que es justo y necesario? Quise contar un sentimiento, contar un imaginario, el día a día; la acumulación de recuerdos, las esperanzas, la decepción, el orgullo, los afectos. Lo que se inicia debe ser terminado. Mi cuento es un llamado a quién corresponda, a reparar el alma de Chile.

Luis Alberto Tamayo (nombre literario de Luis Muñoz Tamayo), Primer Lugar Cuento “El hospital”

1

EL HOSPITAL

¿Cuándo se acordarán de nosotros? Lo dijo Ladislao, el peluquero, mientras asentaba su navaja en su correa de cuero. No se acordarán de nosotros nunca, le respondió Remigio, sin mirarlo, porque así conversan ellos, sin mirarse, con la pupila puesta siempre lejos, allá afuera. Allá donde están los vivos, los que caminan y suben a las micros, afuera están los que roban carteras y los que venden pasta base. Afuera está la tristeza de ser pobres. Aquí no, aquí no hay hambre, entonces no hay pobres, pero sí hay tristezas de pobres.

Yo los veo, los siento, estoy con ellos más que con los de mi lado. Yo estoy en el límite, sentado en mi silla de ruedas medio muerto, un poco vivo a veces. Me fui muriendo porque me ignoraban, me miraban y bajaban la vista, no me saludaban, como si estuviese muerto. Tengo el privilegio de vivir en la frontera gracias a una parálisis cerebral. Entiendo, pienso, pero los otros no lo saben. Cada mañana me sacan a la vereda para que el mundo pase frente a mí como una película funesta, una película prohibida. Mis ojos ahí, mi boca abierta y salivando, mi cabeza ladeada, mis manos haciendo ángulos extraños con los codos. Entonces los empecé a ver. Mis vecinos del frente sí me trataron con dignidad. Ellos me sonrieron y me aceptaron. Un día cruzaron la calle y me llevaron con ellos. Me pude contemplar desde la vereda de enfrente. Me vi y ellos me subieron escaleras arriba y fui uno más aquí. Aquí están, estamos. Permanezco.

Este hospital inconcluso es la animita más grande de Santiago. Aquí está lleno de espíritus que murieron violentamente. Aquí llegan los atropellados, los caídos de las tolvas de los camiones, los que se mueren con una tensión infinita que les ata los huesos. Si mueres de una pieza, si te duele cada día, llegas aquí. Porque no puedes irte, así como así no más, porque tienes demasiadas cosas por hacer. Es un asilo de ancianos que lucen jóvenes, brillan sus ojos y sus huesos. Todo está aquí, allí, y el que no sabe no ve nada, no imagina lo que hay. El hormigueo incesante dentro de esos muros. A veces es sólo viento, brisa, sombras, nubes que tapan el sol. A veces gritos. Ellos los apurados de afuera a veces nos miran, parece que nos van a ver, pero no, no son capaces de detener la pupila más de tres segundos. Están apurados y nosotros estamos consumidos por la lentitud.

Estamos aquí, circulamos, transitamos, vamos y volvemos del infinito en trayectoria definida, como cometas. Somos aquí. Esperamos que se cumpla el sueño de ver inaugurado este hospital, esperamos que llegue un ejército de vivos y rearne las instalaciones de faenas y trabajen aunque eso signifique que nosotros debamos irnos para siempre. Todos tenemos derecho a una ilusión y nuestro deseo es ése y se lo pedimos cada noche a todas las estrellas fugaces. Queremos que este hospital

se termine de construir, no es justo que tanto trabajo se tire a la basura. Este hospital tiene capacidad para cuatro mil camas y a veces los pobres, a la hora de morir, recuerdan las tibias sábanas de la cama del hospital, porque a un hospital se viene a reencantarse con la vida, a tener un descanso, parar un rato. Por eso es tan importante cada sonrisa de la enfermera y cada palmada en el hombro de los doctores buenos, de los que se preocupan por la gente y se les nota que son felices curando. Curando, haciendo reconciliarse el cuerpo y el alma con el entorno. Una vez vino el ministro de Salud y se emocionó, lo vimos llorar de alegría viendo lo avanzado de las obras. Después vino el doctor Jirón, el doctor Jecar Neghme Cornejo, el doctor Daniel Clark y el doctor Jorge Jordán, y rejuvenecían al subir las escaleras y caminar entre obreros orgullosos. Los doctores buenos venían a darse una vuelta y luego volvían a los barrios a atender gratis o casi gratis.

Tanto martillazo, tanto envián por los tabloneros guiando una carretilla llena de concreto a punto de fraguarse. Esto no se puede perder. Son deseos de pobres, deseos de morenos y morenas de cabecitas negras. Deseos, ilusiones de maltratados, ilusiones y deseos de dueños de nada, salvo de sus afectos.

Tal vez éste fue el último sueño de Allende. Construir un hospital enorme, moderno. Un descomunal centro de atención médica allí, en medio de la perpetua desesperanza. La maqueta fue destruida a patadas, algunos obreros que vinieron el 15 de septiembre a buscar algunas cosas, a hablar con Mariña y saber de sus compañeros, fueron detenidos y desaparecieron de la vida de los otros, pero se vinieron de inmediato aquí, al lugar que más querían, donde vivían sus orgullos y esperanzas. El sueño de un lugar bello, limpio, tibio, justo, se prendió al espacio y quedó allí, entre las nubes, adherido al esmog, colgando del cielo, semienterrándose, allí está. Una isla en la ciudad, un pedazo de pasado sin futuro, sin tiempo, sin esperanzas. Estructura gris. Compendio de ilusiones vanas. De lejos se ve vacío, pero no. Allí pululan, están, pernoctan, transitan los sin esperanza, sin tiempo, los llenos de preguntas, llenos de espera, los llenos de miradas suplicantes. ¿Cuándo se acordarán de nosotros?, dice de vez en cuando Ladislao, él tiene como ráfagas de lucidez, pero se le pasa luego, mejor, así no sufre.

Habitantes de un sueño. Un hospital. Si sales de Santiago hacia el sur y miras hacia la costa, lo verás. También lo verás desde la cima del Santa Lucía o desde el zoológico. Hospital Ochagavía. Templo inconcluso de una religión sin castigos. Todo está aquí, el cemento crudo, siempre húmedo. Secándose al sol. El viejo Vásquez le avienta baldes de agua. Vásquez llegó hace doce años, pero hay otros más antiguos. Como Remigio, que cada tarde sube a la torre y mira el atardecer mientras se fuma un Liberty. Las escaleras están con el cemento crudo, con los fierros a la vista. Kilómetros de escalera en una ciudadela perdida, fosos, piques de los ascensores. Allí al fondo dos muertos que cayeron una noche huyendo de los ratis. Aquí conviven espectros, muertos y vivos, caminando en la frontera. El que tiene hambre y miedo está un poco muerto. A veces se ven y hacen una venia, las más de las veces comparten los espacios. Sólo eso. Todos esperan el día de la inauguración, ese será su juicio final, todo volverá a estar en orden, al menos se comprenderá qué pasa, sabrán todos su historia. Dicen que el presidente Allende invitará mandatarios extranjeros, aseguran que este hospital es igualito a uno que hay en la RDA. Pero Benjamín dice que la RDA ya no existe y discuten con Anselmo y casi se produce otra muerte. Una muerte dentro de la muerte. A eso se le teme, porque al morir ahora nadie sabe dónde irá a parar con sus huesos, su media sombra o su temblor de aire apenas entre las hojas del más raquítico árbol. Este hospital murió como sus habitantes, sin darse cuenta. El último día fue de banderas y fogatas calentando tarros choqueros y todos mirando hacia el norte. Entonces vieron los aviones, vieron venir los Hawkers Hunter que pasaron

justo sobre el hospital. Y pudieron haber caído bombas, si bombardearon La Moneda debieron destruir el hospital para que nunca nadie esperara que lo inauguraran. Esa mañana se prendieron allí las primeras velas y una foto del presidente fue rodeada de flores. Luego la estampida, cada uno a su casa, a la casa de un amigo, caminar la calle, la calle llena de camiones con militares y fusiles y las ametralladoras tableteando. Y del hospital nadie disparó, ningún obrero tuvo un fusil, y era una inmensa trinchera que no fue utilizada. A lo lejos se escuchaba la resistencia de Yarur y Sumar y el cordón Cerrillos y el cordón San Joaquín y aquí nada. El hospital se llenó por primera vez de nubes, se ocultó de niebla y se quedó ahí entre Manuela Errázuriz y Club Hípico, entre La Marina y Salesianos. Grande, lleno de subterráneos, con el helipuerto a punto de ser habilitado, con los pasillos anchos para tres pistas de camillas raudas a la sala de operaciones, todo, todo. Y el presidente vino esa mañana mientras moría, mientras se apoyaba la subametralladora en la barbilla, vino al hospital y saludó a los obreros y se puso su delantal blanco y su casco y subió hasta la torre y miró Santiago con aire de tristeza. Era él, pero sólo algunos lo vieron. En los momentos finales vino y pidió que siguieran laborando, eso dijo. Eso cuenta Remigio y lo refrenda Sarita, auxiliar paramédica del Barros Luco, que llegó aquí de las primeras. Ella fue arrollada por una moto al cruzar la Panamericana sur cuando iba a comprar parafina. Llegó aquí en busca de una plaza de trabajo y se quedó. Ella está en sector de la UTI, porque sabe poner inyecciones a la vena.

Hospital viene de hospicio, de refugio, de hostal, posada, calmar el hambre, la sed, los dolores. Encontrar amigos. Un hospital necesitábamos para estar cerca de la vida aunque sea por la vereda del frente de la vida. Aquí. Somos los nuevos leprosos, los que caminamos por las orillas tocando una campanilla y portando una vela para no contagiar a nadie. Somos los con derecho a nada, que nos aferramos a un tiempo que fue de esperanza, de algo. Un hospital para los pobres, un refugio para recomponer los huesos y volver, porque antes nadie moría en los hospitales, cuando uno estaba muy mal lo desahuciaban y se iba a morir a su casa y lo velaban en su comedor y se mandaba a pedir sillas prestadas a las otras casas. Uno tenía una buena relación con la muerte. Antes. Después no, después no. Antes era distinto, los hospitales tenían jardines. Aquí nada, no hay caso, ni un misero cardenal sale en el cemento. Las raíces se les queman en el verano cuando el concreto hierve. Arriba tenemos un mirador. De ahí vemos cómo Miguel Enríquez se defiende cada tarde a balazo limpio y cae. Contamos las balas, conocemos el sonar de su arma. Fue por aquí cerca. Después pasó a saludarnos y se fue. Cada tarde miramos hacia avenida La Feria y vemos a los de la Población la Victoria y sus barricadas. Las llamas sonríen y el cielo se llena de humo de neumáticos. La calle se llena de gente corriendo con pollos en las manos, chicos que entre tres arrastran un chancho. Es el saqueo de una noche de protesta. Si tres llegamos a la terraza y queremos verlo, lo vemos. Deben ser tres. Otros ven las carreras del Club Hípico y apuestan y hacen sonar sus dedos. Una gran llama de una Yarur Sumar incendiada nos ilumina el rostro. Aquí se practica la caridad de los recuerdos. Somos solidarios de anhelos. Un hombre flaco vino una vez en busca de una moneda para pagar su cama en el hospedaje del Hogar de Cristo. Subió aquí y nos vio y no se fue, pero el frío lo cogió y se quedó para siempre con nosotros. Aquí llegan todos los muertos de rabia, de pobreza. Llegó el que corre allá y salta la cuerda. Es el Deivid, boxeador que estuvo cuatro días en estado de coma en el Barros Luco y luego se vino aquí porque desde aquí se ve su casa y su niña, Alejandra, de tres años entonces. Él peleó con uno que estaba claro que era más que él arriba del ring, las apuestas eran sólo por acertar en qué round lo sacaba. Y Deivid fue al sur a pelear y encontrar su muerte. Lo trajeron en avión a Santiago y cada tarde la población se desbandaba en bicicleta al Barros Luco a gritarle que no muriera, que la niña lo necesitaba. Hazlo por tu hija, le gritaban, pero fue en vano. Del estado de coma llegó acá, pero él cree que se entrena para luchar por el título de Chile. Es el de la chaqueta corta de cuerina negra.

Ése. Sumar siete y medio en llamas, en traje de fuego y los chicos que la prendieron arrancan felices y sonriendo.

Un desfile avanza hacia el cementerio Metropolitano, son siete ataúdes de baleados en una noche más de muerte. Marchan los rabiosos. Si tuvieran armas no se les acercarían los carabineros. Pero tienen sólo sus puños y el cortejo es dividido en dos a punta de bombas lacrimógenas y palos. Nosotros preparamos el pasillo lleno de claveles rojos para que entren los héroes. Llegarán aquí y la densidad de población subirá y eso nos pone tristes.

Desde acá se veían las protestas, se escuchaba el silencio que precede a la muerte. Los silbidos, las señoras golpeando ollas, ollas de pobres, no como las otras que le golpeaban al presidente de los pobres. Cada mañana de protesta nosotros lo sabíamos porque los muchachos del barrio venían vestidos de negro y se introducían al mundo de las sombras y ponían un lienzo en la terraza más alta. San Miguel protesta. El pueblo dice basta. Y la fiebre nos llegaba a todos. Todos esperando la fecha de la protesta. Los cabros guardaban neumáticos en los subterráneos. Reuniones en los lugares más insólitos de nuestro laberinto. Reuniones mezcla de muertos y remuertos. Y Miguel Enríquez volvía a hacer sonar su subametralladora cada tarde, rehacía su resistencia inútil para alentar a los que aún podían hacer algo.

Entonces llegaron los Fiat ciento veinticinco. Uno celeste frenó en seco y un hombre de melena bajó apuntando una metralleta hacia el cielo. Dos hombres veloces subieron por las escaleras como si se tratara de un juego, y desde las esquinas perfectas, cubrieron todo con poder de fuego. Otro Fiat frenó en seco cuneteándose y bajó un tipo de gabardina y se parapetó en el auto. Cuatro chicos corren y se agolpan frente al tercer auto, al rojo, y de él baja Allende. Allende viene a ver su obra. Viva el presidente, grita Rosita desde una ventana y corre con sus zapatos blancos y se le acerca respetuosa, como en sueños, como en estado de gracia. Entonces el compañero dice algo y se lanza escaleras arriba, corre feliz, como un niño, y arriba, Panchulo lo hace subir a un montacargas y el presidente sube entre sacos de cemento. Esto es obra del pueblo y para el pueblo dice. Allende mira Santiago desde la terraza. Afuera en las calles ya se agolpa la gente. Una multitud de asesinados llega a gritar desde la calle. El presidente los saluda con felicidad y tristeza. Promete volver a inaugurarlo, estrecha la mano de todos los desdentados que se le acercan felices porque él representa una posibilidad de sonrisa, de vida eterna sin miedo. Allende se va y la lluvia otra vez golpea el cemento puro y las llamas de la protesta nacen en Avenida Departamental y llegan hasta San Joaquín.

Esto se hizo para nada, dice Ladislao y se conmueve de ver tantas horas perdidas, tantos sacos de cemento, tantas cadenas hechas de tan buen acero. Todo para nada, para nada, porque esto era para los pobres. Los mismos pobres que se siguen muriendo en el hospital Exequiel González Cortés que se cae derruido, en ruinas atendiendo gente ya muerta porque entrar ahí es ir a morir. Los médicos jóvenes empiezan a morir ahí. Todo perdido, vidas perdidas como las de los guardias de seguridad de la empresa del hermano del jefe de policía casado con una cuñada del alcalde. Entonces, cuando se cometió aquí el décimo crimen, cerraron con malla y pusieron casetas y seis guardias de tres turnos que no hacen, solo pernoctan en las casetas y meten mujeres a pasar la noche y crían un dóberman para luego vender los cachorros. Todo cerrado con malla para que no entren los que aún pueden morir, pero entran igual y duermen allí y tienen colchonetas en el sector de los departamentos de los médicos residentes. Ahí están y pasa de todo. Ellos cuidan que no se roben la malla. Sólo eso. Que no se roben la malla cortada con un napoleón como la primera

semana. Ciudadela cercada. Los perros cuidan que nadie salga y paran las orejas y gruñen al aire cuando pasan por allí los obreros a tomar sus turnos a seguir construyendo. Los mejores azulejeros llegaron hace dos semanas. Venían con pergaminos porque habían trabajado en el edificio de la UNCTAD. Ellos venían y ganaban más que los otros. Eso se dijo, pero no era verdad, la mitad venía por el mismo sueldo de un jornal y los otros venían por el honor, por los aplausos, porque pusieron un letrero de que les quedaban 124 días de trabajo y ellos querían ver el hospital terminado.

A veces veo otra vez mi silla de ruedas y recuerdo que tengo una casa y una hermana y su esposo que cuidan de mí. A veces veo a la familia reunida viendo televisión y les agradezco sus desvelos. Soy una carga, un lastre, una cadena que impide el surgimiento económico, un consume panes y gasta ropa. Una carga. Entonces lo mejor es venirme para siempre al hospital y les digo a mis amigos que me traigan, que ya no vale la pena volver y ellos me miran serios como si no entendieran que hay una vida y una muerte porque ellos están en la muerte.

Afuera las micros se cambiaron de ropa, ahora son todas amarillas. Recorro mis pasillos que son demasiado largos. Abajo hay recovecos que no conozco. Anoche llegaron otra vez rumores de que van a vender y que van a transformar el hospital en un centro comercial. Siempre llegan rumores. Voy abajo a ver a Malaquías. Él llegó aquí cuando su carretón fue arrollado por un lolo que le había sacado el auto a su papá. Después el lolo también llegó por aquí. De primera no querían hablarse, pero ahora sí. Es que Malaquías es bueno para dar consejos. Aquí pasan muchas cosas. Tomé demasiada velocidad y me fui con mi silla de ruedas por la escalera del final de neonatología. Caí de frente y aterricé de cabeza. Lo bueno es que mi frente goteó apenas un poco de sangre verde y plateada. Aquí no existe el dolor y me subieron otra vez a mi silla y no encontré a Malaquías que ya los tenía a todos reunidos en el patio de ambulancias y los llamaba a resistir la conversión del hospital. Fue una tarde triste.

Hay un plomo colgando desde el inicio del pasillo de post operatorio. Un plomo que dejó el maestro Gálvez. Ahí está, a veces se mueve e indica que está temblando. Los edificios se tratan de meter como cuñas en el cielo. Esto es hermoso. Aquí estamos todos revueltos.

María Bonita recorre los enormes pasillos con su carrito del aseo, ella pone sonrisas por donde quiera que pase. Llegó aquí de las primearas, su pelo quedó electrificado por su última visión de viva. Debe haber sido algo muy terrible porque no le gusta hablar de eso, cambia la conversación, pero es la que más fe tiene en que este hospital se inaugurará un día. Nadie se siente bien aquí, todos tratan de hacer algo, de trabajar, de mantener viva la esperanza. No se puede trabajar tanto en balde, dice María Bonita y pasa otra vez con sus zapatos blancos, su ropa blanca inmaculada. Acá adentro el tiempo pasa en oleadas y luego se retira. A veces las micros se cambian de ropa y están todas amarillas, otras veces vuelven las de siempre, las Colón El Llano, la Ovalle Negrete Clara Estrella, La Yarur Sumar siete y medio, la Intercomunal sur, y el azulito, el bus Centro La Reina con su recorrido eterno. También se ven buses Pegaso y el bus precioso que sólo lleva escolares. Y eso se agradece porque muchos de los que aquí están se cayeron de las micros. Aquí todo es por ratos, depende de la fuerza del que recuerde o si uno quiere saber del presente y lo quiere con más potencia que los otros, entonces se corre a parejas con los de afuera, pero hay también quienes quieren estar en su futuro. Entonces pasan cosas raras.

A veces tienen miedo de que demuelan el hospital, a veces han llegado cuadrillas de demolición, pero los cabros de la barraca cinco, los del turno que aloja aquí no los dejan pasar, ellos sacan sus

colihues, sus linchacos o a puro chuzo los rechazan. Dicen que quieren hacer unas torres como las de El Llano Subercaseaux, pero Malaquías dice que no, que este es barrio de pobres y que no podrían cobrar muy caro, pero Sarita dice que sí, que además pueden hacer un condominio y arreglan el hospital como edificios de departamentos, de hecho un lunes vinieron ingenieros y arquitectos a medir el estado de conservación de los muros y golpearon y pusieron rayos X a los pilares y vieron que estaban buenos, que aguantan, pero no, es muy difícil transformar esto en departamentos. Esto fue concebido como hospital y no es llegar y cambiarle la naturaleza a las cosas. Derrumbarlo es muy caro, pero tal vez mañana lo hagan, pero eso va a ser duro porque nadie está dispuesto a dejarse pasar a llevar. Una vez en la vida es suficiente, dice Ladislao y le sale como un orgullo de alguna parte del alma.

El futuro es débil, somnoliento a veces. Mirando el futuro se ve sólo un cráter, las cuatro moles y la placa diluidos en el aire. Entonces llegan camiones y empiezan a hacer otros cimientos. Eso fue un pensamiento al menos de dos porque casi pasa de verdad. De pronto alguien gritó que estaban construyendo un mall y eso sería todo porque estalló el humo y las barricadas en cada piso. Todo estaba allí, permanecía, fueron voces sin verdad, pero por un momento se vivió un pánico.

Aquí todo ocurre en círculo. Hay que tirarse al suelo en cada balacera. Narco-traficantes a veces, las más los ratis que corretean a unos que no pagaron la coima. Pero casi siempre son los pacos que disparan desde Departamental o desde Avenida La Feria. Llegan acá las balas. Era una noche de protesta cuando todos estaban mirando hacia La Victoria. Era fuego, fuego y el ruido de las balas y cacerolas. Era un torbellino, un enjambre de latas sonando, balones de gas golpeados por martillo y las balas, las balas y de pronto un silencio espeso, y el hospital sintió la presencia de más muerte que nunca. Llegó la neblina porque el hospital se oculta, y de pronto, el silencio más agudo se rompió con un llanto ronco, ronco. Venía de afuera y no se veía nada. Entonces llegó el curita André Jarlán de La Victoria. Los juntó a todos en el estacionamiento e hizo una misa por los que estaban afuera. Se veía tranquilo, pero tenía un círculo rojo en su cuello, una herida sin salida de proyectil. Él subió las escaleras en procesión y dijo cosas muy lindas que nadie recuerda, nadie retuvo, pero sus ojos estaban puestos afuera. Entonces se vio venir la ola. Eran llamitas pequeñas que empezaron en La Victoria, cabitos de vela que se multiplicaban prodigiosamente, se tomaban las calles, las cunetas, los grifos, y avanzaban por Club Hípico, por Salesianos. Eran el saludo de toda la gente al André Jarlán, el cura de los pobres que murió como murieron tantos. Y él miraba como con alegría, con paz, y por eso los cabros permanentes de la bodega cinco algo duro le dijeron, pero él no se quedó callado y en su lengua con acento francés les respondió y terminaron tomando té con marraqueta al lado de un fogón hecho con tablas de cajones de clavos y André al otro día estuvo tirando carretillas con concreto porque decía que había que terminar ese hospital, que era una vergüenza no terminarlo. Esa noche el mar de llamas siguió avanzando y las llamitas siguieron hasta la Gran Avenida y eran sombras que desafiaban a las balas para poner velas. El hospital se llenó de velas en todos sus edificios, en todos, y es como una celebración tibia de que los días de la muerte podían terminar.

Cuando se nos viene la lluvia, llueve para todos. Entonces hay frío y duele. Duele porque la mayoría tiene recuerdos del frío. Eso. Y don Ramiro sigue con su cincel, rescatando fierros de un bloque de concreto. Pone el cincel y le da el guaracazo con el martillo y le duelen las manos, le sangran y en cada golpe libera un poco de fierro de las cadenas de la construcción. Es una base de pilar lo que él va gastando, una base de un pilar que nunca fue, parece que sostendría una pasarela en el futuro. Algunos se enojaron con don Ramiro, pero después dijeron, pobre viejo. Él tiene una

sierra chica, casi sin dientes, y libera fierros, los corta y los vende por kilo allá en la Santa Adriana. Se hace con suerte tres kilos diarios, pero con eso come. Él es de los que pueden irse, pero ya está medio muerto porque nosotros lo vemos. Viene con su carretón de cachurero, lo deja atrás cerca de Ángel Guarelló y empieza a darle al cemento, con un combito chico. Lentamente ya se ha comido medio pilar y puede que después siga con alguna cadena del pasillo. Es un viejo y todos le tenemos lástima. Aquí cualquiera se salva. Esta es la mina de fierro de los pobres.

Una tarde todo estaba verde de jeep y camiones. Subieron comandos hasta cubrir todas las ventanas. Pasaban una y otra vez y miraban todo, andaban con una maquina detectando quizás qué. Pasaron por mi lado y yo temblé, pero no se detuvieron. Entonces me convencí que yo ya era sólo un vibrar imperceptible del aire. Un día me alcanzó la muerte y no lo supe. Rodé entonces hacia el final de postoperatorio y miré hacia mi casa y en la vereda donde yo siempre estaba, no había nadie. No estaba mi figura ahí. La casa tenía jardín y la habían pintado de azul. Algo, no sé qué, había llegado a su fin.

Afuera, en el Estadio San Miguel, bajo un toldo rojo desteñido, el dictador saludaba a sus esclavos. Unos huasos le bailaban cueca y unos niños agitaban banderas. Un hombre se paró entre la multitud y le gritó, ¡asesino! Sentimos que si alguien lo enfrentaba y no moría de inmediato era que su tiempo se estaba acabando. Esa fue la primera señal. Después llegó este niño, el fotógrafo Rodrigo Rojas y nos enseñó barricadas y gestos de libertad por muchas partes. Entonces empezamos a vivir otra vez la esperanza, y en eso estamos. Vemos construir carreteras y grandes pasos sobre y bajo nivel. Los trenes otra vez gritan con sus ventanas abiertas rumbo al sur.

Cada medio día vemos pasar otra vez los Hawkers Hunter y La Moneda se consume en llamas, y viene el presidente a despedirse y mira el hospital, su hospital, nuestro hospital como con nostalgia, y no dice nada.

Es difícil que lo demuelan o lo dinamiten. Sería más fácil dinamitar la historia. Somos lo que somos, un sueño inconcluso que se vuelve ruinas, esperanza de gente pobre, ciudadela habitada por fantasmas. Somos humedad gris que se alza al cielo; la evidencia indesmentible de que no le importamos a nadie.

Sólo soñamos con ver llegar los Fiat ciento veinticinco y ver bajar al presidente Allende y su grupo de amigos personales, quizá vengan embajadores y presidentes de otros países. Quizá un día amanezcan los ascensores funcionando y los jardines tengan flores y lagartijas de colores tomando el sol. Un día cada muro estará lleno de azulejos y mosaicos. Un día los helicópteros traerán obreros accidentados y se posarán en el helipuerto y los traerán en veloz carrera de camillas con ruedas recién aceitadas; y se irán después felices caminando y abrazados por los suyos. Afuera pasa el tiempo en un solo sentido. Nosotros, mientras tanto, seguimos en la espera de un gesto que nos reconcilie con la vida.

La temática de los derechos humanos es parte de mi entorno familiar. Mi padre, a quien dedico este reconocimiento, es abogado de derechos humanos. Con él y con mi madre tuvimos que salir al exilio en el año 1973. Regresé a Chile a fines de 1983. Varios de los textos que he escrito para el taller literario de Poli Délano (en el que participo desde el año 2007) tienen que ver con el período de la dictadura, la represión, el exilio y las luchas por recuperar la democracia. Por medio de este cuento, en particular, sobre un peculiar encuentro de ajedrez entre un detenido y el encargado del campo de concentración, quise hacer mi contribución a las actividades de conmemoración de los cuarenta años del golpe de Estado.

Eduardo Contreras Villablanca, Segundo Lugar Cuento
“El mate soñado”

EL MATE SOÑADO

Me preparo para el encuentro diario con el capitán Gómez. Como a las nueve de la noche, después de su cena, llega a mi celda con el tablero y las piezas. Ya lo veo venir con su paso marcial, su figura espigada y los implementos bajo el brazo. El uniforme tan estirado como su bien afeitado rostro cetrino, que denota un origen atacameño.

Desde que iniciamos los torneos mejoraron las raciones nocturnas. Las papas del caldo, a veces, vienen acompañadas de un trozo de carne, correosa, pero carne al fin. Los allanamientos a las celdas y las requisiciones se han distanciado.

Nada que ver con los primeros dos años. Los gritos y las torturas fueron la tónica de esos meses eternos. Todo el tiempo con los ojos vendados, sólo escuchábamos voces preguntando por arsenales, contactos e imprentas. No tenía nada que decir, sólo conocía a mis compañeros de la universidad, casi todos presos conmigo, en las sentinas del buque Esmeralda. El ruido del mar era nuestro consuelo en las noches, nos arrullaba ayudándonos a conciliar el sueño, a restañar las heridas de los interrogatorios del día.

Luego nos trasladaron a este campo de prisioneros, donde el trato fue menos violento. Aquí conocí al capitán Gómez y pronto él se enteró de que yo había sido campeón de ajedrez en la universidad. No fue muy amable la primera vez que me desafió.

—A ver si los comunachos son capaces de hacer algo bien, que no sea dejar la cagada en el país. Te dejo jugar con las blancas— dijo lanzando un tablero sobre la mesita de mi celda y desparramando las piezas sobre él.

Gómez había sido campeón en su regimiento, y se creía Bobby Fischer. Desde el principio tuve claro que no debía ganarle, habría sido fatal para todos nosotros, pero tampoco podía dejarme ganar tan fácil.

La primera partida fue una Ruy López. Para mantener las apariencias desarrollé un fuerte ataque hacia la defensa de su rey, en un momento tuve el mate en cinco jugadas, por su expresión plácida era evidente que no se había dado cuenta. Hice una maniobra innecesaria que le daba tiempo a armar un fuerte contrataque, rogué que lo descubriera y afortunadamente lo hizo. Unas cuantas jugadas más, me rendí. Me dio la mano.

-Juegas bien Francheti, podríamos hacer un match al primero que gana seis partidas sin contar las tablas, como se hace en el campeonato mundial. Esto sería como la versión chilena del duelo Fischer contra Spassky, evidentemente, tú eres el ruso. A ver si gana la democracia o el extremismo marxista.

Desde entonces jugábamos un match por semana, a un ritmo de un par de partidos diarios. Para darle más credibilidad a mi juego, de vez en cuando le ganaba algunas partidas, pero él siempre terminaba llevándose el match, de forma más bien holgada: seis a tres, o como mucho seis a cuatro. Estoy seguro de que no llegó a dudar de la honestidad de mi juego.

Gómez estaba a cargo del campo de prisioneros, su humor era inmejorable desde que comenzó a ganarme los torneos. No comenté con nadie mi estrategia, los compañeros pensaban que el capitán me ganaba genuinamente. Alguno quizás sospechó, un ex dirigente sindical que cojeaba debido a la fractura de su tibia durante las torturas, un día me preguntó: -¿De verdad el capitán es tan capo? ¿O usted se está dejando ganar, compañero?

-¡Cómo se le ocurre! -le dije, manoteando al aire como para espantar la idea - Quizás si estuviera más tranquilo y mejor alimentado le podría ganar un match, pero tal y como están las cosas, él me gana.

Me miró como quien ve morir a un familiar, como que lo invadió la tristeza. Creo que se habría alegrado de saber que le podía ganar al encargado del campo de prisioneros, pero no me atreví a confirmarle su sospecha, nadie debía saberlo porque eso implicaba el riesgo de que Gómez se enterara. Nunca se sabe cómo la informaciones que circulaban entre nosotros terminaban por llegar a los carceleros, seguramente tenían infiltrados, eso les funcionaba mejor que las torturas con las que "nos trabajaron" al principio. Pensé que el viejo se iría, pero se quedó como pensando y me dijo:

-En todo caso, tenga cuidado con ese capitán, mire que hay compañeros que dicen que él va a llevarse a algunos de nosotros al desierto, parece que en otros campos de concentración han hecho eso, y los que se han llevado en la madrugada no vuelven a aparecer

No me encajó esa noticia con lo que estaba viendo en los últimos días. Las barracas ahora tenían luz hasta las doce de la noche, nos dejaban hacer ensayos de obras de teatro, talleres literarios y otros cursos desde las seis hasta que se apagaba la luz. Dentro del infierno que habíamos conocido, la nueva administración de Gómez nos parecía benévola.

Por mala fortuna, parece que este último tiempo ha tenido problemas con sus superiores, anda de mal humor y poco concentrado, al punto que por más que me he esforzado, este último match va cinco a cinco. Sospecho que sus mandamases no están contentos con los pequeños beneficios que nos ha dado, ¿será eso? Su juego ha decaído, he llegado a ser burdo cometiendo errores pero no los aprovecha, y varias veces ha evaluado mal su posición y ha inclinado el rey en situaciones que eran para tablas.

Lo veo entrar taciturno y más serio que de costumbre, le toca con las negras. Tomamos asiento a cada lado de mi mesita y desplegamos lentamente las piezas sobre el tablero. Me ofrece un cigarrillo, se lo acepto y avanzo el peón del rey. Quedo sorprendido por su respuesta, avanza

el peón del alfil de la dama. La Defensa Siciliana, nunca la había jugado, por lo que sospecho que no la domina. Decido la variante del dragón para impulsar un ataque desde mi flanco rey, pero debilitando mis propias defensas para que pueda contraatacar. Los dos fumamos rápido y la pequeña celda se llena de humo.

Pero Gómez no me amenaza, juega más mal que nunca, hago movimientos de espera para darle tiempo a que organice su juego, muevo mi dama de un lado a otro haciendo amenazas obvias que afortunadamente neutraliza. Casi sin pensarlo, avanzo mi caballo del rey a la sexta fila, aprovechando que su peón está clavado y no me puede comer. Y ahí lo veo, está clarísimo, tengo en mis manos el viejo mate de Phillidor, el mate soñado por todo ajedrecista, con sacrificio de dama y mate con el caballo. El corazón se me acelera, no puedo dejar de hacerlo, pienso en las consecuencias... pero ya me he traicionado demasiado a mí mismo, esta no me la perdonaría. Avanzo la dama a la octava fila, dando jaque para que me la coma con su torre, lo hace dejando encerrado su rey e inmediatamente mi caballo salta a la fila siete dando mate.

Gómez derriba el tablero de un manotazo y saltan las piezas.

-¡Se acabaron los torneos concha de tu madre! Y cuidate de que nadie sepa este resultado. Gané yo, ¿está claro? ¡Recoge las piezas!

Me agacho a recopilar las fichas desparramadas por el suelo, las echo en su caja y se las entrego. Toma la caja y el tablero, y sale dando un portazo.

-Me aburrí de ganarte Francheti -me grita a través de la ventanilla-, así que desde ahora no es necesario que tengamos luz de las nueve en adelante. Y otra cosa, duerme bien porque puede que mañana te llevemos a otro lado.

Me quedo solo y no puedo dejar de pensar en mi caballo saltando para liquidar a su rey inmovilizado por sus piezas defensoras. También pienso en ese viejo ex dirigente sindical. Me gustaría contarle que gané, creo que sabrá guardar el secreto, y le daría un alegrón. Pero no sé si alcance a verlo.

Escribir es mi manera de lidiar con el tema, la interpretación del cuento que escribí le pertenece a quien lo lea.

Natalia Montiel Aranda, Tercer Lugar Cuento
 “Ayer es un día muy largo”

AYER ES UN DÍA MUY LARGO

Se cierra la puerta detrás de mí y está oscuro. Me pongo la mochila al hombro y empiezo a caminar rumbo al liceo. Bostezo. Había dormido poco el día anterior. En el paradero miro a mi alrededor. Un par de escolares y un tipo con un maletín. Aparentemente ninguna vecina cerca. Prendo un cigarro, aliviada de estar lejos de las viejas sapas del barrio, que le van a ir con el cuento a mi mamá de que ando fumando. Harto trabajo había tenido escondiendo las cajetillas en el fondo del patio de la casa. Me subo a la micro y en los asientos del fondo del bus está la Chica mascando chicle, como siempre.

Toti es el pseudónimo de mi abuela, el nombre que le pusimos sus nietas cuando no sabíamos hablar bien y su nombre real nos parecía muy complicado. Toti vive en otra ciudad pero a veces pasa temporadas con nosotras y le gusta que la casa esté ordenada y limpia. Toti ordena mi pieza porque dice que soy muy desordenada, y tiene toda la razón. Ella dice, entre enojada y divertida, que no me crió así, que cómo es posible que yo viva en un “nidal de perros”. Suena bonito decir nidal de perros, es como si los perros pudiesen volar. Hace un par de días encontró un papel en mi escritorio que decía “EDUCACIÓN GRATUITA! NO MÁS LUCRO”. Lo tomó, lo arrugó y lo tiró al papelerero del baño, pensando que yo no la estaba mirando.

“¿Andas con toallas? Salí apurada y se me olvidó meterlas al bolso. Es que me muero, me mato y me corto una teta si me llega a pasar lo de la Jocelyn del 4ºJ, el delantal manchado de sangre, qué asco”. Le paso la única toalla higiénica con la que ando. La Chica suspira aliviada. Pero no por eso deja de hablar y hablar durante todo el viaje hasta el liceo. Me cuenta que el día anterior fue a ver a la Tami, que se quebró la nariz jugando básquetbol y que tiene un yeso en medio de la cara, pero ya no le duele tanto como al principio. También hablamos del cumpleaños de Robertito el fin de semana y que iba a ir Pancho, un flaco con el pelo rapado, sin ninguna, pero ninguna gracia, que de manera inexplicable había despertado una extraña y desmedida obsesión en la Chica. Ella cree que es amor, y yo por supuesto, no tengo idea.

El día anterior llegué a mi casa y Toti estaba en la cocina tomando té. Le di un beso en la frente y saqué un plátano del refrigerador. Mientras me mostraba una pulsera que le había regalado una tía para su cumpleaños, en la radio avisaron que al día siguiente habría una marcha de estudiantes secundarios. Yo le dije distraída, que iba a ir con el resto de las chiquillas del liceo. “No se meta en leseras. Aprenda de lo que me pasó a mí”. A Toti, con sus setenta años a cuestas, le habían pasado muchas cosas y no entendí lo que quería decir. Mientras le pasaba el azucarero me encogí de

hombros y levanté una ceja. “Me refiero a cuando los milicos nos detuvieron a mí y al viejo”.

La historia que yo logré ordenar y armar a partir de los fragmentos que escuché a lo largo de mi vida, nunca parecía demasiado clara. La tristeza y el silencio que rodeaban el suceso me impedían tener más detalles. Las hijas nunca hicieron preguntas, y a nosotras las nietas, nos mostraron indirectamente que no era bueno remover esa parte del pasado. Todo comenzó un día en que los militares los sacaron del trabajo en un camión. O quizás no era un camión y era un auto. Mientras se los llevaban, mi mamá y sus hermanas estaban en la casa, y unos tipos entraron gritando, abrieron los cajones, los armarios, revolviéron papeles, patearon sillas y se fueron. A veces pienso que rompieron algún florero, a veces son militares con casco, a veces sin casco, a veces simplemente son tipos de civil. Cuando era más chica no podía evitar pensarlo todo en blanco y negro como una película antigua. A mis abuelos los vendaron y los transportaron a lugares distintos. Toti dice que le preguntaron por armas en un lugar donde había más gente detenida. En un momento la venda se corrió y vio al alcalde de Tocopilla de esa época. Poco después, o mucho después, lo mataron. A mi abuela, después de amenazarla con que le quitarían a sus hijas, le preguntaron muchas veces sobre armas, y finalmente la soltaron con los brazos llenos de moretones. Mi abuelo en cambio, fue acostado en una cama con electricidad y liberado un día después.

Con la Chica nos bajamos de la micro y caminamos al liceo. Una cuadra antes, en el negocio de la tía Dora, está la mayoría de mi curso. La Rocío y su mochila rosada salen a mi encuentro. “Qué loco, Cami, yo con ustedes saliendo a protestar, quién me viera y quién me ve”, me dice un poco hiperventilada, jugando con un mechón de pelo. Paty y Nancy, envueltas en sus bufandas colorinches la miran de reojo aguantando la risa. La Rucia y la Coni tomadas de la mano, se acercan, me piden un cigarro y se ponen a conversar con la Chica. Johana, Ale y la Negra están terminando de pintar un lienzo. La Pancha y la Cristi están justo al lado de ellas y conversan mientras escuchan a todo volumen un reggaetón en su celular. Desde la esquina veo venir a Susa, que se llama Susana y no le gusta que le digan Susi porque dice que es apodo de bailarina de topless. Me saluda y bosteza. “¿Vamos a comprar un cafecito donde la tía?”

Toti seguía tomando té y revolviendo el azúcar que acaba de echar a la taza, en silencio. Yo le dije tímidamente que las cosas ya no son como antes. “Hay cosas que nunca cambian”, me dijo con el ceño fruncido. Finas arrugas confluyeron en el medio de su frente y su mirada se volvió opaca. No tuve el valor de seguir discutiéndole. Escuché los ladridos del perro del vecino y el camión de basura. Miré un rato el mantel a cuadros que cubre la mesa de la cocina. Sonó el teléfono y era una llamada para mi mamá de una multitienda que le ofrecía una tarjeta de crédito o algo así. Les dije que mi mamá estaba trabajando y antes de que me preguntaran otro número, colgué. Volví a la mesa y Toti estaba lavando su taza. Me preguntó cómo me había ido en las clases, me habló de un accidente aéreo que escuchó en la radio y unos líos entre un animador y una modelo que aparecieron en el programa de farándula del medio día. Después me contó cómo va la teleserie que alguna vez vemos juntas. Yo me levanté de la mesa y le dije que tenía que hacer mis tareas. La abracé y escuché su voz diciendo despacio, “cuídese”.

Susa y yo no alcanzamos a comprar el café. Desde lejos sentimos la voz grave y mandona de Victoria a través de un megáfono. “¡Niñas, estamos atrasadas, tenemos que llegar a Plaza Italia, nos está esperando el resto!” Todas comenzamos a caminar con lentitud esquivando la entrada al establecimiento. La idea es escapar de la mirada pesada de las inspectoras, en su mayoría cincuentonas gordas y peliteñidas de rubio ceniza. Adelante van las que pintaron el lienzo, y

Victoria, y en la cola Rocío y sus amigas, que están emocionadas porque probablemente se van a encontrar con sus amigos del liceo de hombres que queda en el centro. Por las aceras de las calles aplastamos las hojas secas del otoño con nuestros bototos negros y algunas señoras de pelo blanco que pasean sus perros nos miran con un poco de espanto. No sé qué vaya a pasar hoy. Puede que nos dejen circular por las calles o puede que no, puede que nos lancen gases lacrimógenos y tengamos que correr, o puede que simplemente todo se desarrolle sin novedad. Ojalá los carabineros no lleven detenida a ninguna de nosotras, y nadie nos golpee ni nos manosee en caso de que eso ocurra. No tengo miedo, y tampoco demasiada esperanza. No creo que las cosas vayan a cambiar demasiado, aunque tal vez puedan cambiar un poco. Estoy aquí porque puedo hacerlo y eso es todo. Pero pienso, mientras Susa me cuenta la película que vio el fin de semana, que me gustaría algún día poder hablar de todo con mi abuela y que ella ya no tenga miedo, para poder contarle algún día lo que estoy haciendo hoy.

El sentimiento puro que se tiene durante la infancia, ese que aún no ha sido contaminado por la sociedad, nos puede hacer reflexionar de manera más profunda que bajo la óptica del odio y el rencor. Creo que es imposible o al menos extremadamente difícil pedirle a quien ha sufrido vejaciones producto del abuso de un poder absoluto sobre la vida y la muerte, y peor aún, sobre su dignidad como ser humano, una reflexión desde el sentimiento puro en que su razón no intervenga.

Por eso traté de expresar esa óptica inocente donde sólo el sentimiento vale, siendo la protagonista de la historia una niña pequeña en la cual no han entrado la maldad ni el revanchismo. La historia existió y sólo traduje lo que me contaron, agregando, quitando y modificando algunos detalles sin cambiar lo medular.

Los niños/as no mienten; sólo fantasean una verdad que para ellos es real. Los niños/as no secuestran, torturan ni matan. Los niños/as son puros. Eso hasta que la sociedad los contamine de la maldad que se encuentra a la vuelta de la esquina o al alcance de los dedos en un control remoto.

**Patricio Sancha Gutiérrez, Mención Honrosa Cuento
"Don Carlos"**

**MENCIÓN
HONROSA**

DON CARLOS

Esa noche, cuando los escuché llegar pateando puertas, supe que don Carlos la había hecho de nuevo.

Yo era una niña de seis años que nunca entendí por qué el papá de mi amiga se enojaba tanto con la gente de la cuadra. En esa época la gente grande se enojaba mucho.

Nuestra casa estaba en una cuadra corta del barrio antiguo de Santiago, con algunos árboles viejos de la edad de mi abuelita, regados por los perros callejeros, y muchas hojas secas en otoño, volando de un lado para otro sin nunca irse de la cuadra. En la casa vivíamos mi mamá, yo, mi abuelita y el hermano de mi mamá.

Mi tío Jaime no era contador con cartón pero como era muy ordenado, le llevaba la contabilidad a varios negocios del barrio. Le decían, un poco en burla, un poco en serio, "el chico de los millones" porque siempre hablaba de mucha plata pero nunca tenía ni un peso.

Cada vez que salía a la calle para ir a trabajar, lo hacía con su mejor terno y sus zapatos negros muy bien lustrados. El terno era el único que tenía, así es que lo cuidaba como hueso de santo. Una de las mayores tragedias era cuando se le manchaba la camisa blanca con salsa de tomates de los tallarines.

No reclamaba por la mancha, sino decía que de tanto lavarlos se iba a gastar la tela y ya no aguantaba más como para darle vuelta el cuello de nuevo.

Los zapatos, aunque impecables, ya conocían varias suelas de tanto camino recorrido, algunas improvisadas con un pedazo de cartón para tapar el hoyo.

Disfrutaba de cosas sencillas; salir a trabajar de terno, y para barrer, de jeans. Le encantaba barrer. Un par de veces le escuché decir que barriendo la mugre de algunas conciencias, Chile sería un mejor lugar donde vivir.

Llegué a pensar que los enojos de don Carlos eran porque a mi tío le gustaba barrer las hojas, todas las mañanas, menos las de la vereda frente a la casa de "ese milico", como lo llamaban todos.

A don Carlos lo venían a buscar muy temprano. Salía vestido con su uniforme de trabajo y llegaba tarde. Trabajaba mucho, nunca estaba en su casa. Yo era la única que podía jugar con su hija. A mí me gustaba mucho jugar con ella porque la Juanita tenía todos los juguetes de la tele. Además, era la única que tenía tele. Nunca entendí por qué siempre se armaban tremendas peleas cuando mi mamá me decía que fuese a jugar con la hija de don Carlos para que no nos pasara nada malo y mi tío reclamaba como si le estuvieran pisando los callos. Si hasta terminaban gritándose.

En ese entonces yo pensaba que el papá de la Juanita era muy inteligente, porque aunque él no lo decía, todos sabíamos que trabajaba en una oficina importante de inteligencia.

Yo pensaba que cuando en su vereda se acumulaban muchas hojas secas, de seguro llegarían los militares por la noche para despertar a toda la cuadra entrando por la fuerza en las casas de los vecinos, y casi siempre acertaba.

Aunque ningún vecino decía nada por miedo a recibir un culatazo, yo me daba cuenta que todos se enojaban mucho. Yo era la única que se alegraba pensando que don Carlos los había mandado para buscar alguna pista que permitiera encontrar a mi papá.

Cuando se fue yo era muy chica y ni me di cuenta. Mi mamá me contaba que yo estaba en su guatita cuando se lo habían llevado lejos, y que a ella no se la habían llevado porque el camión sólo era para hombres y no tenían espacio para nosotras.

Me quedaba tranquila con la explicación porque las niñas juegan con muñecas y vestidos mientras los niños con camiones y pistolas. Pero en cuanto yo empezaba a preguntarle más detalles, ella primero se enojaba, me hacía callar y después me abrazaba para terminar llorando siempre.

Mi casa era vieja, de esas de adobe con el cielo alto, muy alto, y las vigas de madera del techo, a la vista.

A mí me retaban y hasta me castigaban cuando me las daba de artista dibujando fantasías con mis lápices de colores sobre las paredes pintadas blancas, pero al que había escrito sobre la viga, nunca le dijeron nada. Quizás porque no sabían bien quién había escrito con letras rojas, "Allende vive".

Seguramente a los militares tampoco les gustaba que rayaran las paredes o las vigas del techo porque cada vez que llegaban a buscar pistas de mi papá, todos en mi casa se ponían muy nerviosos y miraban de reojo la inscripción. A mí me pasaba lo mismo después de haber dibujado un sol o estrellas sobre las murallas porque sabía que nadie me libraría del coscorrón de mi mamá y un coscorrón de un militar debe doler mucho.

Los soldados nunca vieron las letras.

Aunque se lo notaba tan nervioso como a mi mamá y mi abuelita, mi tío decía que no había de qué preocuparse porque los cascos no los dejaban ver más allá de sus narices y tampoco se atrevían a mirar al cielo, ni siquiera cuando los obligaban a rezar de rodillas en la iglesia del regimiento.

Una vez vi un montón de hombres rezando de rodillas en una cancha de fútbol. Se veían cómicos en calzoncillos y rezando con las manos detrás de la nuca.

Una de las veces que los militares aparecieron en mi casa, encontraron unos diarios y se llevaron a mi tío. Mi mamá me explicó que era para preguntarle algunas cosas. Mi tío era muy inteligente porque siempre estaba leyendo esos diarios, unos que le traía un señor de bigotes todos los lunes por la noche y que el coleccionaba en el entretecho. A mí me dio pena porque seguramente lo iban a castigar por haber dejado que rayaran la viga, tal como a mí me castigaban por hacer dibujos en las murallas.

Pasaron varias semanas antes de que mi tío volviera, seguramente porque tenía tantas cosas interesantes que contar que se demoraron mucho en escucharlo.

O quizás lo tenían castigado por ensuciar la viga con pintura roja.

Nunca supe.

Cuando volvió, ya no era el mismo; cojeaba cuando barría la cuadra, toda la cuadra, menos frente a la casa de "ese milico".

Después que "el chico de los millones" volvió de esa conversación con los militares, cambió.

Antes se vestía muy elegante para salir a la calle con su único terno y se perfumaba rico, menos cuando barría.

Dejó de trabajar y se vestía elegante con su único terno sólo para barrer las hojas secas de un lado para otro pero nunca frente a la casa "del milico". El olor a vino empezó a ser más fuerte que el del perfume, y quizás porque a la gente no le gusta el olor a vino, le cambiaron el sobrenombre a "borracho comunista".

Por la falta de plata mi mamá tuvo que empezar a hacer el aseo y cocinarle a don Carlos, que era el único que tenía plata en la cuadra. Me alegré mucho porque así pasaba más tiempo jugando con la Juanita.

A pesar de que don Carlos era muy inteligente y de vez en cuando seguía mandando soldados a buscar pistas de mi papá, nunca pudo ayudarnos a encontrarlo.

Cuando se perdió su hija, me di cuenta que no era tan inteligente como creíamos, porque cuando a mí se me perdía algo mi mamá me decía que sólo a los tontos se les pierden las cosas.

Después andaban diciendo que la señora María, la que pasaba todo el día sentada frente a su puerta, había visto cómo la Juanita se subía a un auto sin patente con unos hombres barbones que no eran del barrio.

Me acordé de cuando se habían llevado a mi tío y me dio pena porque pensé que cuando volviera ya no iba a ser la misma, pero no volvió.

Parece que mi tío tenía razón porque los militares nunca miraron hacia el cielo.

Nunca vieron la inscripción sobre la viga, "Allende vive".

Nunca pidieron un milagro al cielo para que la Juanita y mi papá volvieran.

Con el tiempo, las letras rojas no fueron borradas pero desaparecieron de la vista.

Cuando remodelaron la casa, el cielo falso tapó la viga, tapó las letras rojas, tapó a medias el pasado.

De adulta comprendí que esas dos palabras escritas por mi papá, fueron un grito de resistencia del pensamiento que no se puede reprimir y que solo el tiempo puede silenciar gritos desesperados e intentar borrar cicatrices que nunca desaparecerán.

FOTO GRAFÍA

Esta imagen me la encontré una noche en la que afuera de la sede de la Unicef se realizaba una velación en memoria de Jaime Mendoza Collío, joven mapuche asesinado por un carabinero en La Araucanía. Un niño mapuche estaba encendiendo las velas que ya estaban apagadas. Repetía el gesto del inicio de la velación, de una manera muy inocente, como jugando, re-encendiendo la luz, un ejercicio de insistencia para la memoria, re- memorando.

Esas mismas velas iluminaron su figura y ello me permitió robar la imagen. Fue un momento en el que vi gran esperanza, a pesar de que la muerte era el motivo para estar ahí, un reflejo de la resistencia de su pueblo que vive hace tantos años luchando por sus tierras y sus derechos.

Fernando Lavoz Bustamante, Primer Lugar Fotografía
"Luz de luz"



Hace un tiempo estoy en esto de la fotografía y vi en el Concurso Arte y Derechos Humanos una gran oportunidad para mostrar el trabajo que llevo haciendo. Participé porque creo que la sociedad quiere hacerse escuchar y es por eso que la libertad de expresión y de pensamiento son dos piezas clave para lograr aquello, y eso es lo que transmite la obra, o lo que quise transmitir con ella.

“Ecos de libertad” fue capturada en el marco de una manifestación por la diversidad sexual, donde se buscaba crear conciencia en la ciudadanía sobre el tema, haciendo un petitorio por la igualdad de derechos, incentivar a una sexualidad responsable y luchar contra todos/as tipo de discriminación en base a la orientación sexual e identidad de género.

**Camila Baquedano Rojas, Segundo Lugar Fotografía
“Ecos de libertad”**



En esta fotografía, tomada en la Plaza de Armas de Santiago, capturé a un hombre que, rodeado de fuerzas especiales, con calma y luminosidad, atraviesa un cuerpo de FF. EE. que no debía dejar pasar a nadie. Este personaje anónimo, de traje blanco y con guitarra en mano, avanza, tal vez invisible para los funcionarios policiales, hacia el territorio que va más allá de lo permitido. ¿Qué se encuentra del otro lado?, ¿A dónde iba? No lo sé, para averiguarlo habría tenido que seguirlo, pero los carabineros me acobardaron. Me quedo, en vez, con esta imagen de un ser humano digno, como cualquiera.

Alejandro Wasiliew López, Tercer Lugar Fotografía
"Fuerzas especiales"



Esta imagen está creada a partir de mis recuerdos, claro que el lugar no era así, hacía un calor tropical insoportable. Ahí vamos mi hermana, la más alta, y yo. Todavía nos queda mucho que aprender en materia de derechos humanos, pues sin duda nos compete a todos/as y queda mucho que enseñar desde la propia historia para que la verdad salga a la luz.

Loreto Sapiaín Ríos, Primera Mención Honrosa Fotografía
"Mes del exiliado"

1 MENCIÓN
HONROSA



Mi participación en el concurso se debe a mi vocación por la fotografía. Esto ha significado mi interés por la memoria y el documento, en tanto huella y testimonio de la realidad, nociones que se relacionan de forma incluso física con el referente y su representación. En este sentido, la fotografía enviada fue captada al recorrer la ciudad como una experiencia de reconocimiento del territorio para encontrar en ella sus huellas y sus marcas.

En esta fotografía se visualiza una expresión urbana respecto a la violación de los derechos humanos, representada por una instalación realizada en una calle anónima. La fotografía documenta un espacio de la ciudad, una calle marcada por la pregunta de los/as desaparecidos/as y la necesidad de memoria, justicia y verdad. Acciones ambas, que develan una posición y una experiencia con respecto a la ciudad y a su historia.

Cristian Kirby Villa, Segunda Mención Honrosa Fotografía
"Por qué, cómo, cuándo, dónde"

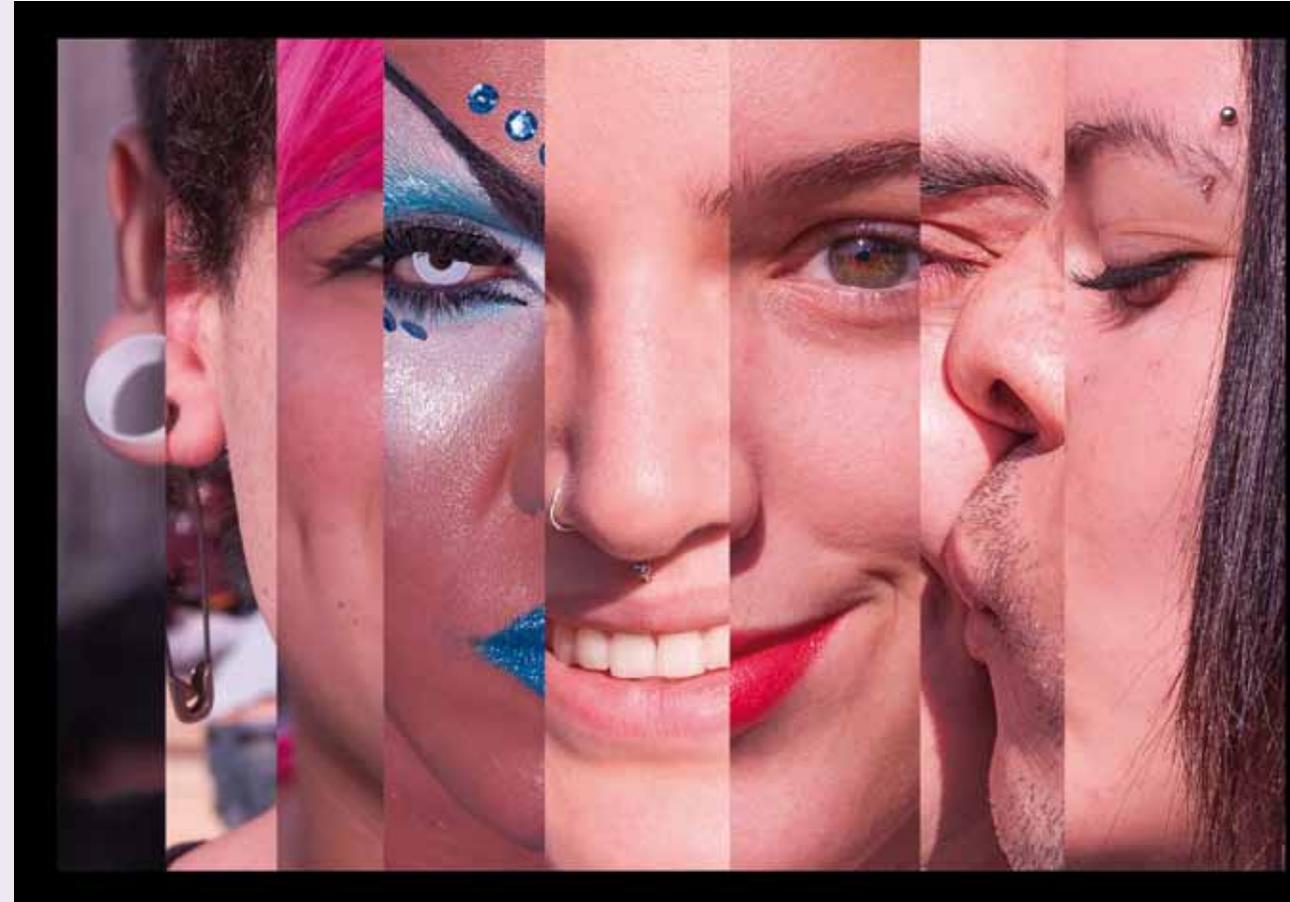


2 MENCIÓN
HONROSA

Tocar y oprimir con un movimiento de labios, un impulso de amor en señal de reverencia. 40 años... Ya es tiempo!!!

Leonardo Ampuero Rodríguez, Tercera Mención Honrosa Fotografía
"Identidades"

3 MENCIÓN
HONROSA

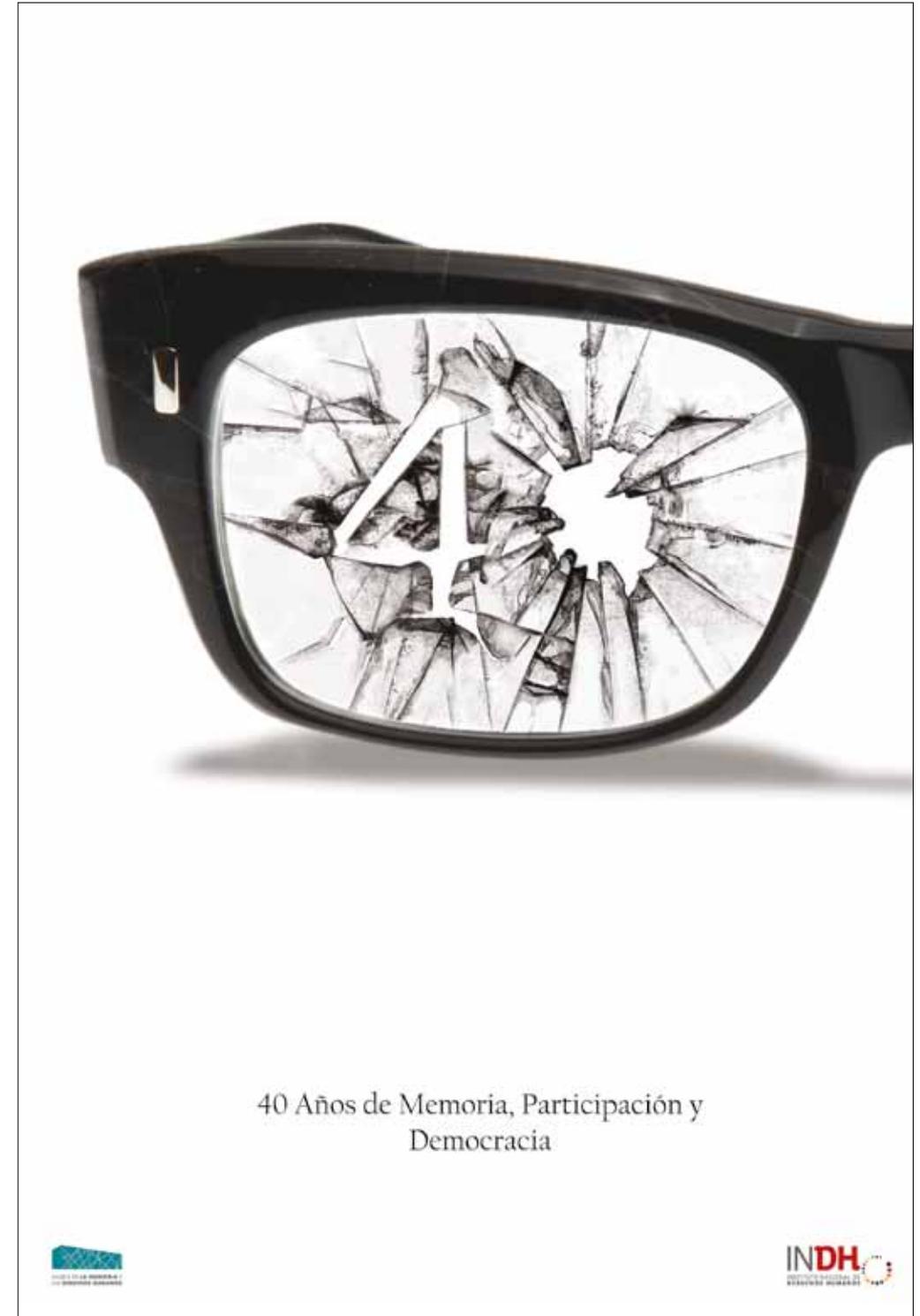


AFICHE

Quise formar parte de las conmemoraciones por las cuatro décadas de lo que conocemos como la época más trágica y dura de nuestro país. Los sucesos cometidos en contra de los derechos humanos fueron los más atroces, y aquellos/as afectados/as han de ser conmemorados honrosamente. Esta es mi humilde forma de recordarlo. La verdadera motivación tras mi obra fue transmitir la esencia e identidad de la sociedad y los acontecimientos de hace 40 años, de forma rápida, directa y certera. Representa lo duro de esos años y el quiebre impulsado por el golpe de Estado.

Aun cuando uno no vivió estos hechos, una parte de mí siempre ha tratado de generar conciencia y memoria sobre nuestra historia, a partir de las historias de nuestros padres y abuelos, de quienes vivieron en carne propia lo cruel y difícil que esos años fueron. Tenemos que ser capaces de mirar hacia adelante y vivir, porque la mejor forma de honrar a los que hoy no están acompañándonos, es observando dignamente, valorando siempre lo que tenemos hoy en día. No vivir con odio en nuestros corazones, ya que un corazón limpio de ira y culpa puede forjar un mejor futuro para todos/as.

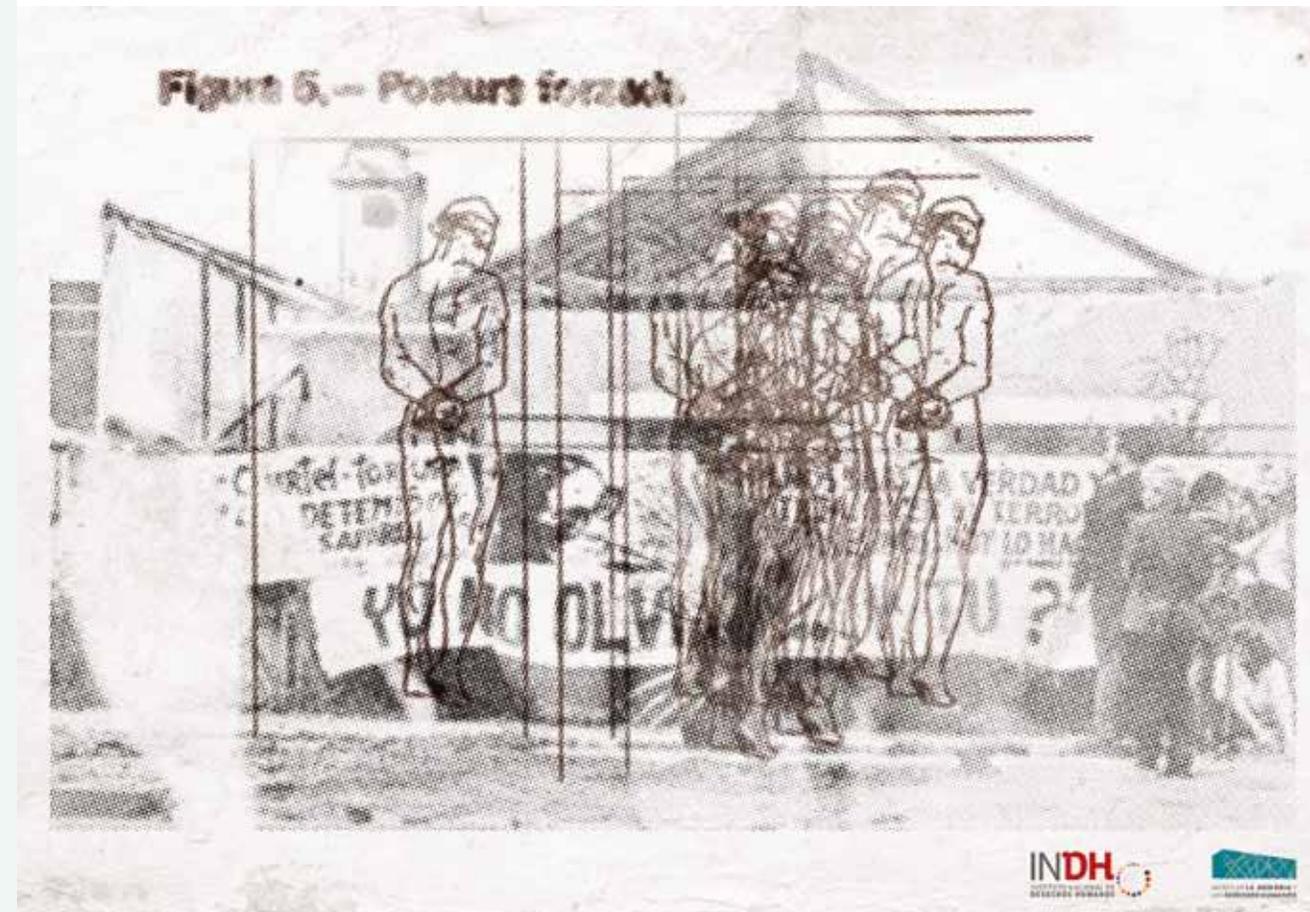
Matías Vigouroux Álvarez, Primer Lugar Afiche
"40 años"



Mi motivación estuvo dada por imágenes de un tiempo pasado, imágenes de la memoria. De una memoria borrosa y confusa, en que los/as encargados/as de mantenerla son las mismas víctimas. Me inspiraron los relatos de los/as torturados/as y visitas a los centros de tortura, y todo confluyó en el Concurso Arte y Derechos Humanos, a 40 años del golpe de Estado, con una energía casi de justiciero, tomando como arma la gráfica, para aportar a la denuncia, fomentar el diálogo, de forma cruda y literal, sobre el desconcierto y dolor de las víctimas y sus familiares.

“Secuestro permanente” hace referencia al cambio de figura judicial con que se logró procesar a los torturadores. Permanente porque así es el daño que han causado a la historia, a los sentires, callando los sentires de millones, coartando las expresiones de millares. Es un humilde aporte al diálogo y la empatía, para que nunca jamás se repita y para que se haga justicia.

Francisco Maltez Ramírez, Segundo Lugar Afiche
“Secuestro permanente”



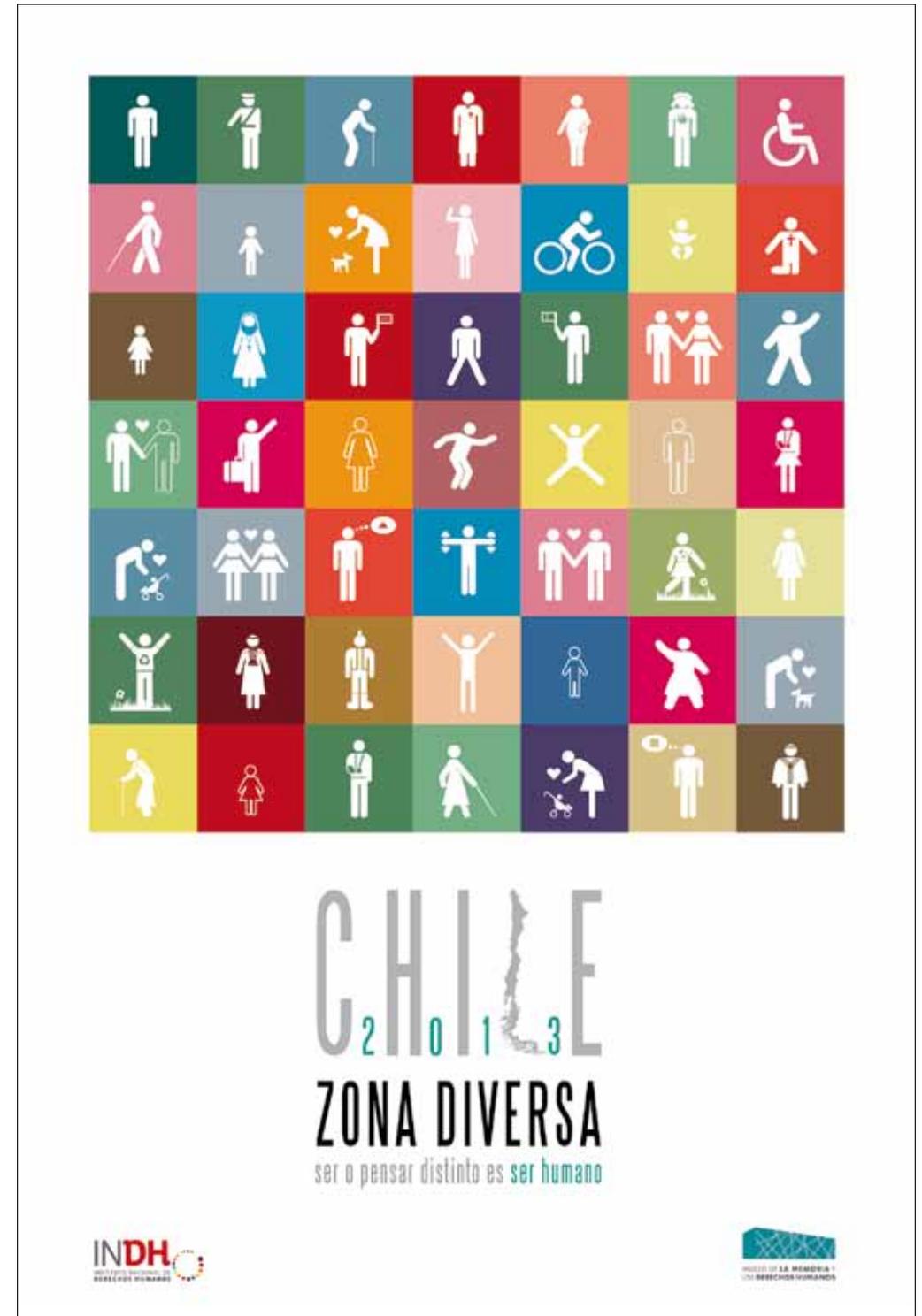
3

Variados episodios de violaciones a los derechos humanos han marcado tristemente la historia de nuestro país. Hasta hace sólo algunas décadas, chilenos/as atentaron contra la vida y dignidad de otros/as chilenos/as, intentando erradicar algo inherente a nuestra humanidad: el derecho a pensar de forma libre, única y diferente.

A cuarenta años de ese triste periodo, aún en Chile hay divisiones y heridas sin cerrar. Se discrimina y se intenta imponer puntos de vista, formas de vida, anhelos y modelos a seguir. Es por esto que con mi obra quiero mostrar un Chile al que podamos aspirar: en constante evolución, diverso, tolerante e inclusivo. Un país donde las personas no teman expresar su opinión, ni mostrar su verdadera esencia. Así, deseo transmitir a través del diseño, un mensaje universal y transversal: la belleza de la diversidad, el respeto y la tolerancia.

“Zona diversa” es una visión esperanzada, de una sociedad que acepta y acoge cada vez más lo heterogéneo, y refleja mi confianza en las nuevas generaciones, que estoy segura, no permitirán que vuelvan a repetirse estos hechos en nuestra nación.

Lissette Vásquez Bernalles, Tercer Lugar Afiche
“Zona diversa”



Me motivó participar en el concurso la posibilidad de aplicar mis habilidades gráficas en un elemento comunicacional masivo como el afiche, junto a la temática propuesta de reflexión sobre la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado, la memoria, la participación y la democracia.

En el afiche quise plasmar a nuestra sociedad actual, forjada por nuestro pasado histórico, en este caso el golpe de Estado y posterior dictadura; con un joven en colores vivos, proyectando una enorme sombra que alude a las miles de personas contemporáneas a la época de la dictadura militar en Chile. El pasado está en nosotros/as. Nuestro presente se mueve gracias a la memoria, y así debe seguir siendo; transmitida a nuestras futuras generaciones para no cometer los mismos errores del pasado.

Fabián Vásquez Henríquez, Primera Mención Honrosa Afiche
“Con memoria se mueve el presente”



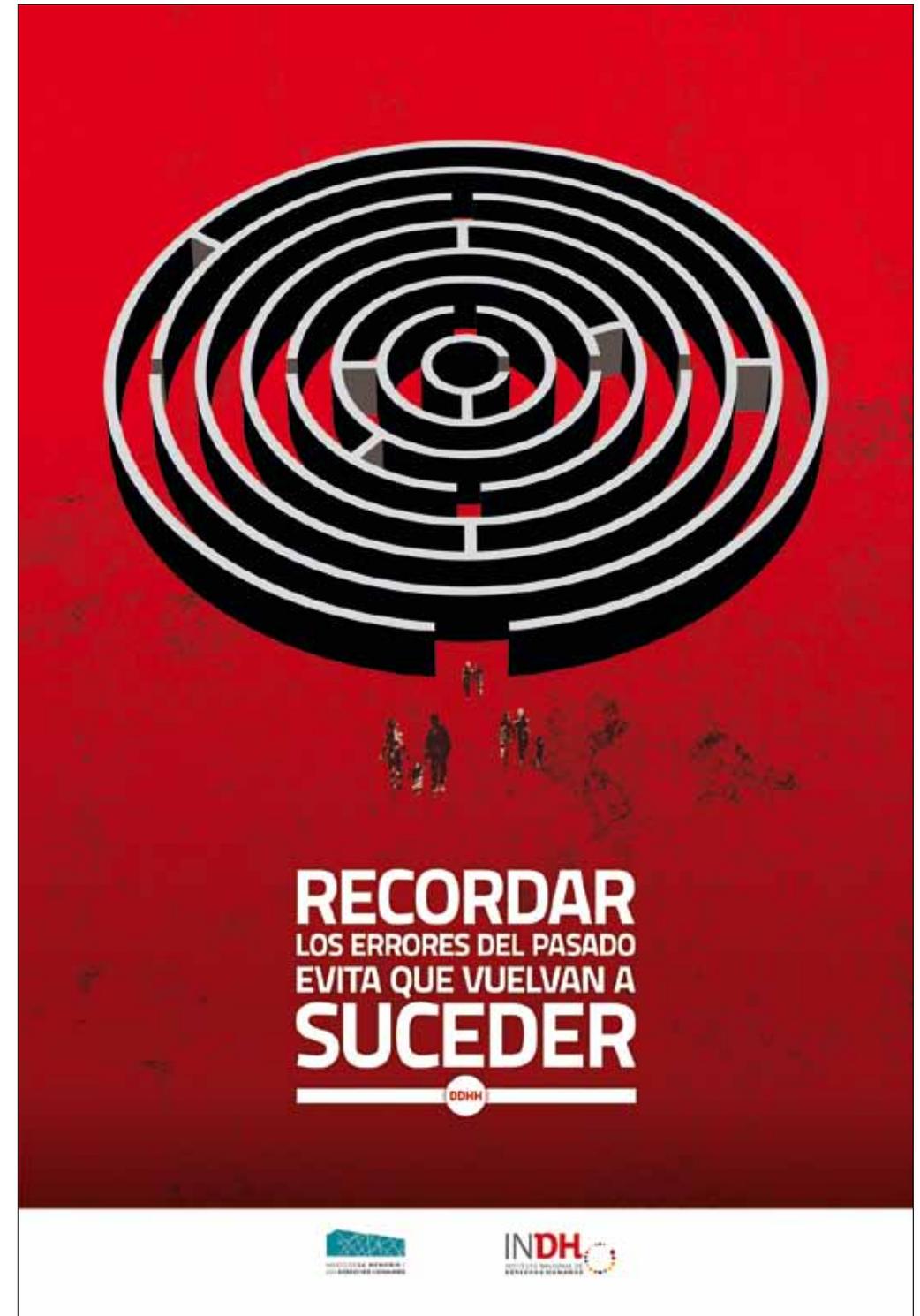
1 MENCIÓN
HONROSA

Se presentó la oportunidad de participar y expresar un sentimiento que de cierta manera estuvo retenido y oculto en mi interior, para luego moldearlo y plasmarlo de forma gráfica, usando comunicación visual como medio de expresión.

Mi obra, titulada "Laberinto del pasado" nos lleva a reflexionar sobre la época tras ese dolor, sufrimiento y represión que dejó la dictadura; generar conciencia para no olvidar y hacernos cargo con visión de futuro. Debemos plasmar en nuestra memoria aquella época que nos marcó como chilenos/as, porque recordar los errores del pasado, evita que vuelvan a suceder.

Esteban Pradenas Rojas, Segunda Mención Honrosa Afiche
"Laberinto del pasado"

2 **MENCIÓN**
HONROSA



MICRO METRAJE

Llevo varios años trabajando el tema de los derechos humanos desde el formato del video, principalmente desde el género documental, y el concurso me abrió una ventana para mostrar el trabajo que he realizado. Las imágenes pertenecen a un proyecto documental que busca mostrar a aquellas personas cuyos casos de violación a sus derechos humanos impactaron a nuestra sociedad durante los años 80, pero abordándolas desde una mirada más humana que política, y más contemporánea. El trabajo nos acerca a esas personas de manera profunda, conociendo su vida presente, su entorno y sus sueños. Este video aborda la historia de la "Pachi" (María Paz Santibáñez), una mujer que logró derrotar a la muerte luego de recibir un impacto de bala en la cabeza en una manifestación pública y tras una larga recuperación. Pudo reconstruir su vida y alcanzar sus sueños. Su ejemplo nos ayuda a reflexionar sobre lo importante que es proteger y promover hoy nuestros derechos como ciudadanos/as. Siento que es sano para nuestra sociedad conocer en profundidad a estas personas, y también para el país, seguir el camino trazado por "la pianista", que es avanzar y crear vida.

Julio Rubilar Rojas, Primer Lugar Micrometrage
"La pianista"



Vimos en la convocatoria del concurso un espacio para reivindicar una problemática que nos interesa. En el campo de los derechos humanos, el derecho a la vivienda ha sido relegado a un papel secundario. Con la realización de esta obra quisimos visibilizar esta realidad marginada de la historia oficial del país.

La toma de Peñalolén está directamente relacionada con la implantación del modelo neoliberal en dictadura, siendo una consecuencia y una expresión concreta de las desigualdades, en todo ámbito, presentes en el orden social de nuestro país. La obra es protagonizada por niños/as que nacieron en la toma de Peñalolén, quienes construyeron una comunidad con casitas fabricadas a partir de material de desecho. La actividad establece una suerte de continuidad entre las casas construidas por los niños/as y las que construyeron sus padres hace quince años.

Amaranta Espinoza, Tamara Uribe e Isabel Yáñez, Segundo Lugar Micrometrage
"Niño poblador"



Hace tres años visité el Museo de la Memoria junto a niños/as de la Escuelita Popular Villa Francia. Vivimos momentos muy emotivos al recorrer la muestra "Interfaz". En ese instante nos inmiscuimos en un fragmento de la historia, en un fragmento de la intimidad de aquellos/as que sufrieron la prisión política, la separación y la distancia por la fuerza. Aquellos/as que se enfrentaron a las atrocidades de la dictadura.

Mi motivación nace por la necesidad de transmitir esa historia, tales recuerdos y sentimientos, desde los ojos inocentes de Lulú, que sin entender el contexto, comunica por medio de su tinta, deseos de amor, de protección, de estar cerca de su "papito lindo". Quise reflexionar en el poder del papel y la palabra, como instrumentos de memoria, que trascienden generaciones y que comunican desde las entrañas. Elementos diminutos y frágiles que son capaces de traspasar sentimientos tan potentes y universales como la esperanza y el amor de una hija a su padre.

Claudio Pereira Muñoz, Tercer Lugar Micrometrage
"Carta"



Me sentí motivada a hacer un cortometraje sobre la Villa José Calderón Miranda desde la primera vez que la visité en 2009, con mi padrino Edmundo Jiles, uno de los dirigentes del proyecto encargado de construir las casas. Desde ese momento vi cómo un grupo de personas se organizó para transformar la memoria de sus vecinos/as y familiares asesinados y desaparecidos durante la dictadura, y llevarla a la acción política en el presente.

Me parece increíble todo lo que tuvieron que luchar para que la villa pudiese existir, discutiendo por años con la empresa inmobiliaria que cada vez trató de quitarle más espacio a las casas, siguiendo las lógicas de un país con políticas de vivienda social desiguales. Pero la voz de la resistencia fue mas fuerte. En agosto la villa celebró su quinto aniversario, y ahora viven 250 familias entre calles que nombran a diecisiete de los setenta detenidos desaparecidos y ejecutados de Paine. Quise captar un fragmento de esta historia a través de Cony, una niña que tiene la misma edad de la villa, que dibuja su casa con colores del arcoiris, y que desde tan pequeña es consciente del dolor de su madre y su abuela.

Elisa Leiva Anderson, Primera Mención Honrosa Micrometrage
"Las vecinas"



1 MENCIÓN
HONROSA

Mi motivación es el contenido social de esencia noble, la causa de que toda persona tiene esperanza de ser escuchada, de poder manifestar sus carencias y dolores, la bandera de los derechos humanos. Mi intención es transmitir la brutalidad que muchas familias sufrieron en la dictadura; la capacidad de reaccionar, de recuperar fuerzas, de organizarse; la unión, el coraje, la movilización, el seguir adelante con creatividad en las manifestaciones apoyadas por ciudadanos/as movilizados/as por la causa, destacando a las mujeres y madres en busca de la verdad y justicia.

Luiz Alvez Júnior, Segunda Mención Honrosa Micrometrage
"Auroras"



2 MENCIÓN
HONROSA

CONCURSO NACIONAL 2013

ARTE Y DERECHOS HUMANOS

